

# EL BALUARTE

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 220.

Sevilla.—Martes 25 de Septiembre de 1900

AÑO XXIV.

## RUMOR GRAVE

El Sr. Silvela, que quiere legar un nombre á la historia, aunque sea triste para los destinos futuros de España, está tocado de los malos espíritus.

Hasta nosotros ha llegado un rumor gravísimo, que está confirmado en cierto modo con los pujos de estadista del antiguo disidente de Cánovas, y que, por su extraordinaria gravedad, deseáramos fuese desmentido ó desvirtuado con hechos, no con palabras.

¿Es verdad que el Presidente del Consejo de ministros ha tratado con una poderosa casa alemana la construcción de una escuadra, compuesta de doce acorazados de primera y segunda, diez cruceros y un centenar de torpederos y contra torpederos?

¿Es cierto que el proyecto de contrato está basado en la entrega de cien millones de pesetas anuales, que se han de consignar y aprobar en un proyecto de ley que fuera del presupuesto to se presentará á las Cortes?

¿Es cierto que se compromete como garantía algo muy saneado de nuestra riqueza minera, la prebenda de los ferrocarriles y una alianza con el grupo de potencias continentales que representa la hegemonía de la raza sajona de Europa?

¿Es cierto que á cambio de esta escuadra, que navegará en el período de cinco años con pabellón español, se obliga el Gobierno de España á permitir tres depósitos de carbón, dos en el Mediterráneo y uno en el Atlántico, á un imperio enemigo de Francia y de Rusia?

Lo peligroso de la aventura nos hace dudar mucho acerca de la autorización del rumor, aunque éste es tan insistente y ha tomado tanto cuerpo en círculos, por lo general bien informados, que muy bien pudiera suceder que estemos comprometidos en una nueva aventura que cueste más cara que lo que nos ha costado los recientes desastres coloniales é internacionales.

Además, el señor Silvela es hombre muy abonado para aventurar ciertas especies, y el botón de ancla del almirantazgo se le ha subido al cerebro, nada de particular tendría que nos viéramos comprometidos el día menos pensado en un gravísimo conflicto, que muy bien pudiera ser el pretexto el problema africano ó alguna cuestión de límites con Portugal.

La prensa ministerial, los órganos que más directamente reciben las inspiraciones del señor Silvela, deben desmentir rotundamente estos rumores; pero ya verán nuestros lectores cómo no lo hacen, y cómo, desgraciadamente, el tiempo, gran maestro de verdades, viene á confirmar el rumor.

Vamos á tener escuadra, pero nos va á costar la amputación de algo muy integrante de la autonomía nacional.

A. A.

## Murmuraciones

En calma está la política como la venta de marra, aunque se agita en el fondo alguna música extraña, que no es música siquiera, aunque parece que canta. Como ahora estamos de duelo, todas las censuras callan, y han salido á la palestra las flores, las alabanzas, las mentiras con que adornan á los muertos los que tratan de seguir entre los vivos comiendo la sopa clásica de la olla del presupuesto, con la que da siempre España de comer á mucha gente que debe ser condenada á ganarse su sustento como los demás lo ganan.

Opiniones sobre el choque de monarquías: «Donde chocan dos dinastías, vence la menos clerical; donde dos naciones, la más libre de la impendimenta tradicionalista. Esta

ley no se ha desmentido en todo el período de la historia moderna.

Diríase que el clericalismo tiene las virtudes del manzanillo para las dinastías; las de un narcótico para los pueblos.»

De ahí el comedimiento de la monarquía española (clerical) con la monarquía inglesa (anticlerical).

Que nos pide—que lo pedirá—las islas Canarias...

Que se las lleve; porque ya se sabe por experiencia que, entre dos monarquías, vence siempre la menos clerical.

Esto es una prueba palpable de que los ministros de la Iglesia no gozan ni pizca de influencia en la Corte celestial; antes al contrario: son allí muy mal vistos.

¿Por qué? Yo creo que por hipócritas.

Aunque los más aseguran que por viciosos, simoníacos y avarientos.

Cuidese, por tanto, de evitar el choque.

¡Porque vamos á perder!

Y antes que nos quiten á nuestros frailes, y á nuestras monjitas, y á nuestros ángeles de blancas tocas, que se hunda el firmamento.

En las *Averiguaciones* que viene haciendo *El Liberal* me encuentro la siguiente explicación muy razonada del nombre *Pepe*.

Es así, según dice un señor O'Diplunyn:

«En algunas obras antiguas aparece el nombre del Patriarca, esposo de la Virgen, en esta forma: «San Joseph, p. p. de Jesús». Las iniciales *p. p.* (padre putativo) han sido el fundamento del nombre familiar *Pepe*, que se da á los que tienen el de *José*.»

Si como fué padre putativo, hubiera sido caballero cariñoso, y se le antoja abreviar con dos K. K., nos resulta un nombre preciosísimo.

—¡Hola, querido K. K.!

La nariz la tiene mala nuestro Ministro de Hacienda, y no será nada leve por que ha operado en ella.

No me extraña este suceso, que es natural que suceda; ¡se necesita nariz para oler estas vergüenzas!

Y no lo digo por Dato, ni tampoco por Silvela, que lo digo solo por toda la familia entera.

¡Buena ganadería... pero buena!

«Levi Bresson, natural del Canadá, de sesenta años y habitante en el pueblo de Foster, acaba de celebrar el natalicio de su hijo número 41.

De su primer mujer tuvo 16 hijos, 12 de los cuales son gemelos.

Su segunda esposa le dió 14 hijos y la tercera once. Treinta de sus hijos y ocho nietos de Bresson están casados; de modo que hoy tiene dicho señor un total de 134 hijos, nietos y biznietos.

Bresson abandonó el Canadá en su juventud á fin de casarse con su primera mujer, que tuvo con él. Al primer año de matrimonio dióle tres hijos y dos al segundo. Todos viven todavía.

Después de haber hecho la guerra de Sucesión, Bresson volvió á su hogar, y desde entonces no ha cesado de aumentar los habitantes de la tierra. Cuando marchó de Hillingly para establecerse en Foster, los habitantes de este último punto creyeron que acababa de establecerse en la localidad un Asilo de huérfanos.

Bresson ha pasado toda su vida trabajando en el campo. Está todavía lleno de vigor y energía. Cree que tiene más de sesenta años, pero no está muy seguro. Es el hijo mayor de una familia de 18 hijos.»

Si nos toca á los españoles un Bresson de esta magnitud en el trono de San Fernando, tenemos que empeñar hasta los calzoncillos para pagar los jornales de la familia.

Ha muerto hace pocos días un caballero allá en Málaga, y antes de cerrar los ojos encargó á los que allí estaban que al que fuera á acompañarle, después de muerto, á su casa, á todos y á cada uno, que se le dieran las gracias.

¡Eso es morir con sentido, y eso es tener circunstancial

Las hermanitas Trinitarias del padre Méndez, de las cuales tenemos en Sevilla una buena muestra.

Oído á la caja:

«Estaba una mañana de Enero de 1890, en plena furia del dengue, muy ocupado el sacristán mayor de San Ginés en sus quehaceres, cuando se le presentaron dos monjitas trinitarias, guapas é insinuantes, y con voz melosa preguntaron:

—¿El señor cura?

—¿En qué se puede servir á ustedes, señoritas?—repuso el sacristán presbítero, para, una vez sabido el objeto de la visita, enviar á las monjas ó al despacho, ó á casa del párroco, si no era asunto de la incumbencia del sacristán mayor.

Ellas, que no conocían al párroco, se figuraron que el «¿En qué se puede servir á ustedes?» significaba: «El cura soy yo», y muy risueñas, melosas y zalameas, hablaron así:

—Pues mire usted, nos envían el Sr. Méndez y la madre superiora (Marianita), para decir á usted que ahora, cuando tanta gente rica se muere, bien podían ustedes inclinar el ánimo de los moribundos y hasta imponerles por penitencia, ó de otro modo, que nos dejaran por herederas, ó al menos, en el testamento consignaran algunas mandas para nuestra casa... ¡Ya ve usted!—añadió la que llevaba la voz cantante,—es una Orden tan necesaria, somos tan pobres, tan... tan... tan... etc.»

Así son estas zorras, á las que muy bien se las podría llamar cuervos si no fueran del género femenino.

Aunque yo supongo que el cuervo también tendrá su cuerva.

En cuyo caso, probable desde luego, resultan estas santas mujeres unas cuervas que andan siempre al olor de la carne muerta.

Se entiende de la carne de rico.

Esto sí que se llama sacar las cosas de quicio:

«El decreto firmado por la reina sobre los honores que han de tributarse á la memoria del general Martínez Campos, ordena á los prelados que en todas las iglesias de sus diócesis respectivas se rece el oficio de difuntos, y que durante tres días vistan de luto todas las clases que dependen del Estado.»

¡No falta ya sino que, por real decreto, se nos ordene á los españoles ayunar una semana porque ha muerto el general!

¡Señores, y qué desquiciamiento!

CARRASQUILLA.

## D. Desiderio Real de Vellón

A fuerza de verla y oirla, vamos teniendo en menos esa figura municipal que diariamente nos sorprende con una revelación de sus pasmosas aptitudes administrativas. Bien dicen que la familiaridad es causa de menosprecio.

Y aunque nosotros no hemos llegado á tanto, tratándose del Sr. Real, es lo cierto que no le hacemos la justicia que merece, proclamando las excelencias de ese portentoso cívico. ¡Ah, si no fuera por su Pilades y de Checa, pasaría ignorado el Orestes edilicio!

Afortunadamente, cada día inventa Fernando una delegación para dar á luz los méritos y proezas de su entrañable amigo y cómplice de gobierno local, y ¡ya lo ven ustedes! salimos á prodigio por hora. Realito está en todo; sirve para todo, lo interviene todo...

Empezó con la busura y fué un pasmo; se hizo, ó lo hicieron, general con mando del protomedicato municipal, y metió en un puño á los decanatos, y casi anduvo á puñadas con los Galenos de segunda fila.

Ya ninguno de ellos chista, incluso el señor Chiralt, que llegó á tragarse el paquete de la peste bubónica y el incidente Rubio (D. Federico), escándalo ignominioso, todavía impune.

No satisfecho de éxitos y glorias, se metió delegadamente en desterrar la tisis de sus vecinos y la de las reses vacunas lecheras, que, en efecto, ya no se mueren más que por la infección que propagan los alimentos nocivos, las ropas y efectos procedentes del tráfico de los chalanes funerarios y la venta pública de leche de esqueletos bovinos. ¡Gracias al Sr. Real, á la Tuberculina y á la celosa fiscalización que desde entonces se emplearon, se consiguió tamaño triunfo, ¡que si no!...

Luego se hizo Neptuno, es decir, delegado para que corrieran las aguas por «do solían ir», meter en cintura al *berpido* inglés y pulimentar los proyectos de Villagrán.

La empresa *realista* fué tan allá, que á poco más resultan anegados de Checa, Miguelito, el arquitecto, el tontonero... En fin, que el delegado perpetuo suscitó con su gestión un verdadero diluvio.

Entonces fué cuando conquistó el nombre de D. Desiderio Real de Vellón, y su ascenso al Economato, con postres de breva.

De Checa, satisfecho de su consorte, delegó una vez más en D. Desiderio, para que arreglara los servicios y otras *maturrangas* de los tranvías, que como ustedes saben, andan ó corren, ahora por donde quieren, cuando quieren y como quieren, «salvo error de suma ó pluma.»

De modo, que Realito, el árbitro compenador para el arreglo de la cuestión de los aforos de entrada, al advenimiento de la actual Empre-

sa de Consumos; el delegado inevitable, *factotum* universal, presidente aforado de la consultiva del cuerpo benéfico municipal, *Ecónomo per accidens* y comodín administrativo, gratuito y omnisciente, se sentirá ya abrumado por los triunfos de sus múltiples empeños, entre los cuales es de lamentar que no figure el arreglo de lo de Caparrotta por delegación especial.

Nuestro D. Desiderio sufre, sin embargo, los efectos de una ingratitud imperdonable, y ve con amargura que en el presupuesto que se aprobará no se han consignado créditos para empezar las obras de tapamento del Tagarete, pebetero mortífero del vecindario en una zona extensa de la ciudad; que sucede lo propio respecto de la construcción de la escuela anexa á la casa de Socorro últimamente creada, por lo que habrá necesidad de pagar local para aquella; que no se generaliza el adoquinado, circunscribiéndolo al barrio de San Lorenzo, señorío que comparten, en lo divino y en lo profano, el Señor del Gran Poder y el Sr. de Checa; y por último, que Amores, el gran Amores, el primero de los Amores, procura sin su consentimiento, sin delegar en él (Realito), el cierre de una casa de lenocinio en la calle Panecitos, frontera á otra de su propiedad (de la propiedad de Amores), invirtiendo todo el día á un municipal, seguramente armado, para tal empresa, y relevado de todo otro servicio de utilidad é interés público.

Por esto, y con razón, está nuestro D. Desiderio que coge moscas, y hasta piensa algunas veces en la renuncia de todas sus delegaciones... si no fuera porque «visten bien».

Lejos de eso, se sacrificará y aceptará la primera que salga y le ofrezca de Checa, su providencia fraternal, si puede ser fructuosa... para el pro-común.

¡Que así sea, y buena mano derecha!

## Machacar en hierro frío

En Chile se ha decretado el servicio militar obligatorio. Aquí, en cambio se está concediendo plazos para la redención á metálico. Las naciones todas del mundo harán la reforma antes que nosotros. Falta aquí el sentimiento de la justicia, que exige de todos los ciudadanos la defensa de la patria. Lo exige también nuestra Constitución, pero como si no lo exigiese. Por encima de la Constitución está el privilegio. Sólo los pobres han de ir á verter en la guerra su sangre. De nada sirven las protestas: se las ahoga con las armas. Por esto cupo aquella iniquidad irritante que hace cuatro años lanzó 200,000 plebeyos á la muerte. ¿Qué importa aquí el pueblo? Lo que importa es que no sufra ni padezca la gente acaudalada y aumenten las redenciones los ingresos.

En vez de procurar que aumenten los ingresos, debería procurarse la reducción de los gastos; y esto sería bien fácil si nos limitáramos á mantener sólo un ejército para la conservación del orden, y no nos empeñáramos en sostener el antiguo personal de una armada que ya no existe. Pero ¿quién ha de poder realizar aquí tan urgente reforma? Hay que sacrificarlo todo al bienestar y al adelanto de la gente de guerra.

Combatió no há muchos días Bryan en Chicago la existencia de un ejército de 100,000 hombres en una nación donde hay 75 millones de habitantes. ¿Qué diría si viese el número de soldados que aquí tiene una nación despoblada y mísera? Con lo que cuestan los 100,000 hombres, decía Bryan, ¿qué impulso no se podría dar á la instrucción pública, que el Estado debe á todos los ciudadanos?

Piensa aquel hombre esclarecido en lo que aquí no pensamos. Gratuita y obligatoria se declaró entre nosotros la enseñanza hace más de cuarenta años. No es aún ni obligatoria ni gratuita, ni sabe leer sino la tercera parte de los españoles. ¡Qué de veces no nos hemos quejado de que esto suceda! Seguimos con el presupuesto de hace veinte años para la instrucción del pueblo. En corregir y proyectar planes de estudios pasamos el tiempo; ni en multiplicar escuelas ni en erigir edificios espaciosos donde alojarlos nos ocupamos. Tenemos aún las escuelas de la Corte en pobres y malsanas viviendas, sin jardines, con un ajuar mezquino, con falta á á veces de los más necesarios elementos.

Hay aquí siempre dinero para el personal y el material de guerra: cuando no lo hay se levanta empréstitos; para la instrucción ni se levanta empréstitos ni se invierte el dinero que pueda haber en las arcas del Tesoro. No tiene remedio esta nación desventurada.

Seguirá ignorante y no podrá ponerse nunca al nivel de las demás naciones. La ignorancia es la que mantiene la agricultura apegada á la rutina, y las artes sin el desarrollo que experimentan en todos los pueblos cultos. Es siempre estrecho el horizonte de los ignorantes, siempre bajo y tardío el vuelo de los espíritus, siempre nula la inversión, alma de todo progreso. No lo consideran así nuestros hombres de Estado, y por esto gobiernan al revés de los del resto de Europa. Francia, durante el actual régimen, ha

gastado en la enseñanza miles de millones de francos.

Pero es predicar en desierto. Pongamos punto a estas tristes reflexiones.

F. PI Y MARGALL.

## La Unión republicana

AL PAÍS

Todas las esperanzas que despertó entre los monárquicos el advenimiento de la Restauración han resultado fallidas; y todos los recales que despertó el advenimiento de la regencia han tenido una realización que ha superado a la temida y prevista. Ni en uno ni en otro período se ha llevado a cabo reforma alguna trascendental, ni siquiera en aquel orden de cosas que dió lugar a que se enriqueciera nuestro vocabulario político con el término *selección*, expresión de algo que, no obstante ser por todos exigido, no ha sido ni intentado. Y como si no fuera bastante tanta ilusión perdida y tanto desengaño cosechado, las guerras, en las que lo hemos perdido todo, hasta el honor, han conducido al país a la situación desesperada en que nos encontramos, condenada por la opinión pública como no lo ha sido jamás otra alguna, y en forma tal, que si los obligados en primer término a acatarla y servirla, ejecutando sus acuerdos, la desatienden y menosprecian, quedaría demostrado que no ha tenido fin la *serie de lamentables equivocaciones* que condujo a los sucesos de 1854.

Pero el hecho es que, dentro del régimen imperante, no hay cauces para dar salida a esas corrientes, entre otras razones, porque carece de instrumentos de gobierno útiles y sanos. Excusado es hablar del partido que hoy rige los destinos del país, porque para todo el mundo está de cuerpo presente; ni del liberal, hundido para siempre con las escuadras de Cavite y de Santiago de Cuba; ni del que a la desesperada intentara formarse con elementos heterogéneos e irreductibles, como si para ello bastara querer. Entre tanto, cada día ocurre algo que, por lo extraordinario, parece a las gentes inverosímil, hasta el día siguiente en que otro acto del gobierno viene a hacer de poca monta el anterior. Dígalo si no el último empréstito, que ha sido una grave, costísima equivocación, al principio, y una escena fantasmagórica y carnavalesca con incidentes acaso justificables al fin. ¡Y dígalo también la ligereza criminal con que el gobierno, satisfecho del resultado que para fines de partido obtuvo con la suspensión de las garantías constitucionales en las provincias de Barcelona y Vizcaya, ha hecho lo propio en la de Madrid, manteniendo en la capital de la nación semejante estado excepcional, autorizado por la Constitución para muy otros fines, después de haber desaparecido el pretexto alegado para establecerla, al mismo tiempo que se dejaba sin efecto en Vizcaya por motivos relacionados con intereses que ni son nacionales ni patrióticos! ¡Y como única esperanza el saber que dentro de dos años será confiada a un mozo de dieciséis función tan difícil y espinosa como lo es en España la propia del jefe del Estado!

En tales momentos los partidos republicanos se consideran llamados a dar solución a ese problema.

Pero si su fuerza social es innegable, según lo han demostrado siempre que han luchado en contiendas en que no es incontrastable el influjo malsano del poder, como las elecciones municipales, y su abnegación y su desinterés bien probados en veintisiete años de oposición, sin desmayos ni abdicaciones, no hay para qué ocultar dos deficiencias que a toda hora se les ha echado en rostro: la división de sus adeptos y la falta de un programa común. Para hacerlas desaparecer se ha llevado a cabo la Unión Nacional Republicana, sobre las bases que a seguida se dan a conocer, la cual no es una federación de partidos, sino una fuerza homogénea con una sola dirección; ni ofrece solución tan solo para los problemas que engendre inmediatamente el cambio de régimen, sino para todos los que al presente interesan al país. Únicamente queda fuera un partido constituido, el federal, sin que esto obste, como es notorio, a la inteligencia con él también, cuando de fines concretos se trate. Por lo demás, las cartas que se insertan con el programa, demuestran, a la vez que la lealtad y perfecta corrección con que se han conducido los correligionarios que las suscriben, hasta qué punto se ha procurado extender la Unión a todas las fuerzas y elementos republicanos.

No hay para qué decir que, por lo mismo que no se limita la Unión Nacional Republicana a un concierto entre dos partidos, en ella caben

cuantos individuos, elementos y fuerzas estén conformes con el programa que hoy se da a la publicidad, sin que implique en modo alguno la necesidad de afiliarse a ninguno de los dos que la inician. Respondiendo a este propósito, se establece en una de las bases del convenio concertado que el Directorio ejercerá su autoridad directa e inmediatamente sobre todos los organismos, cualesquiera que sean su denominación y procedencia.

Suspendida la publicación del programa de la Unión Nacional Republicana hasta el restablecimiento de las garantías constitucionales, ha transcurrido bastante tiempo desde que aquel se aprobó por las Asambleas de los partidos, y acaso alguien juzgue inoportuno ahora lo que entonces se escribió allí acerca de la Unión Nacional, iniciada en las Asambleas de Zaragoza. Pero este Directorio no vacila en declarar que, aun autorizado para variarlo, lo habría dejado tal como está, porque entiende, y tiene la seguridad de que lo estiman del mismo modo todos sus correligionarios, que sería un grave mal para el país la disolución de esa fuerza, y que lo que patrióticamente debe desearse y procurarse es que la crisis que atraviesa en estos momentos se resuelva sacando enseñanzas del pasado y tomando en cuenta las discretas reservas que ya se hacían en nuestro programa, y que desgraciadamente han hecho buenos los sucesos ocurridos.

Y para concluir debemos manifestar que el Directorio de la Unión Nacional Republicana, así que se constituyó, acordó, en uso de las facultades que le confieren las bases convenidas y sin perjuicio de ampliar este acuerdo a otros correligionarios a medida que las circunstancias o las conveniencias lo exijan, asociar a sus deliberaciones y a todos sus trabajos el concurso personal y constante de los señores D. Nicolás Salmerón y Alonso y D. José María Esquerdo, quienes se han puesto incondicionalmente a disposición del Directorio al comunicárles este acuerdo, confirmando así declaraciones que con anterioridad habían hecho.

Con la ayuda de todos, y también la obediencia de todos, el Directorio cumplirá los deberes que le imponen la confianza en él depositada y la extraordinaria gravedad de las circunstancias, sin vacilaciones ni desmayos, hasta llegar al logro de nuestras honradas y patrióticas aspiraciones.

Madrid 20 de Septiembre de 1900.—Presidente, José Muro.—Vocales: Gumerindo de Azcarate.—Fernando Romero Gilsanz.—Secretario, Antonio Ruiz Beneyán.

Acompañan al Manifiesto el programa de la Unión Republicana, aprobado en Mayo último por las asambleas de los partidos progresista y de Fusión Republicana.

En el mismo documento se insertan las cartas de adhesión de los señores Sol y Ortega y Rodríguez (D. Calixto), y de los señores Ladevese y Lupiani.

## Bodas de plata

«El arzobispo de Valencia celebrará sus bodas de plata.»

Tiemblan las naves del templo con el fragor del órgano; suben lentamente hasta los ventanales de colores nubarrones de incienso, deshaciéndose en caprichosas formas; cantan los cánonigos solemnes coros que repercuten con subterráneos ecos; chillan monaguillos é infantes de coro inocentes canturrias con gatuna voz. La iglesia, vestida de rojos tapices, parece un salón de fiestas... Luces mil parpadean y guían en candelabros, arañas, altares, pilastras y retablos.

Deslumbra el oro, brilla la plata, fulgura el bronce. Piedras preciosas, magníficas joyas, soberanos cuadros, ricas alfombras adornan el templo.

Y allá, en lo alto del altar, la imagen del Crucificado, desnudo, cadavérico, sin pañoscon que cubrirse, sin coronas de oro en sus sienes, contempla irritado desde el patíbulo de la cruz tanta y tan magnífica riqueza.

Al son de triunfal marcha pónese en movimiento la comitiva pomposa.

Doble hilera de cirios y hachones forma luminoso cordón, que la envuelve como cinturón de oro. Brilla el terciopelo de las casullas, amarillea el oro pálido de mitras y capas; las áureas varas del palio relampaguean al choque de celestiales resplandores... Los achacosos obispos recorren el templo, apoyándose en los báculos, que marcan sus vacilantes pasos en las losas con sepulcrales ecos.

Se celebran las bodas de plata del Arzobispo; conságrase regiamente la coronación de un discípulo del Cristo desnudo, del Cristo revolucionario que vino al mundo para despreñar las riquezas.

Los obispos no alzan su vista a la cruz... Sueñan con las riquezas del palacio episcopal, con la rica mesa, con el sabroso manjar, con el cocherón de muelles asientos, con el caliente

braserillo de la episcopal antesala, donde se politiquea y se intriga al compás de la badila.

Fuera del templo los pobres tiritan de frío... Y Jesús en lo alto de la cruz tiritaba también.

Son las bodas sin amor, las bodas de la plata y del oro, del egoísmo y de la farsa vestida de pedrería... El novio se acerca al altar vacilante y achacosos. ¡Y el Cristo, joven, revolucionario, eterno por sus principios sublimes de reivindicación universal, le mira tristemente!... No piensa Cristo en desposarse con tanta riqueza inútil y achacosos. Su mirada parece un divorcio...

### BODAS DE ORO

Por esos campos corren los dos enamorados cogiéndose de la mano. Adórnanse de flores, sueñan con devorar su pobre almuerzo a la sombra de un arbol, bañándose los pies en el transparente arroyo.

Desde niños se adoran; pero han de separarse. El novio marchará a la guerra... Un soldado muerto... puede el baile continuar. Con el incienso quemado en las bodas de oro tendrían para ser felices.

Casarse es caro; el amor oficial es un capítulo de la contribución... ¡Cuánto se aman! ¡Cuántas promesas para el porvenir!

El sol les envuelve como chaparrón de oro... Sus labios se juntan... El océano de doradas espigas cubre la campiña hasta lo que alcanza la vista... El cielo azul forma magnífica bóveda.

¡Qué templo tan hermoso el de la naturaleza, eternamente joven! ¡Qué bodas de oro las de los pobres, las del verdadero amor, las del amor sin límites, sin ceremonias, sin coros, sin inciensos, sin tapices, sin frías genuflexiones de achacosos ídolos!

### BODAS DE PLOMO

Sus padres no transigen. Ellos se adoran. El no tiene con qué vivir, pero es trabajador. Ella cubre sus carnes con un remendado vestido. Un día se juntan... Háblanse al oído, palidecen... Con una sola de las joyas que adornan al arzobispo podrían vivir y salvarse. ¡Pero, no! Han de morir. Juran morir amándose... Suenan dos disparos...

¡Oh, qué bodas las bodas del plomo, de las balas, de la desesperación, del horror, de la miseria!

RODRIGO SORIANO.

## De actualidad

### GIRA SOCIALISTA

Los socialistas de Oviedo celebraron ayer una gira campestre, haciendo protestas contra las corridas de toros.

E. P. D.

En el sanatorio de Pontevedra ha fallecido el ingeniero director de la Granja Agrícola de Valencia, D. Diego Gordillo.

### MARTINEZ CAMPOS

Dicen de Zarauz que la reina y el archiduque han enviado coronas.

Pasan de mil los telegramas recibidos. La misa a las siete de la mañana la ha celebrado el arzobispo de Santiago.

La sepultura destinada a los restos es modestísima.

Solo se colocará una lápida con el nombre del general.

### REPUBLICANOS

Se ha publicado el manifiesto de Unión Republicana, que en otro lugar transcribimos.

Considera fracasada la Restauración y caducos los partidos turnantes.

Solo la República es capaz de reconstituir la Patria.

Acompaña al manifiesto un programa de gobierno.

### INGLATERRA

Salisbury ha publicado un documento electoral resumiendo la política colonial exterior.

Declara que el poder imperial debe restablecerse en el Transvaal, y mantener Inglaterra los derechos de China.

### CUESTIONES DE TRABAJO

Terminadas las huelgas de tejedores de Herbas.

Siguen los hilanderos y carboneros. En Vigo siguen las colisiones entre los trañeros y jeiteros.

Estos reuniránse para acordar los medios de defensa.

Lamentáronse de la pasividad de Silvela.

### DE «EL LIBERAL»

El Liberal reconoce en D. Arsenio grande y buena fe, aunque equivocóse en la mayoría de los actos de su vida.

Muertos, dice, Cánovas y D. Arsenio, los dos únicos fundadores de la Restauración, vean los sucesores que debe recibirse la herencia a beneficio del inventario.

## ¿Crimen ó justicia?

(CUENTO)

Entré a tomar café, como de costumbre, y frente a la mesa ocupada por mí, se sentó en otra un hombre joven, de aspecto simpático y elegantemente vestido.

Era ciego y le acompañaba un muchachito de doce años que le servía de lazarillo. Una vez que le dejó colocado, el acompañante se marchó

a la calle, tal vez a algún recado que su amo le mandase.

Mientras, el mozo le sirvió café y una copa de coñac, retirándose seguidamente, como hacía cuando terminaba el servicio.

Esto me llamó la atención, y desde aquel momento no dejé ni un segundo de mirar al ciego.

En aquella cara inmóvil y severa, de trazos perfectos y de conjunto frío, no podían leerse las emociones del alma. El ciego imperturbable, y con una gravedad y mesura que sobrecogía el ánimo, alargó la mano, y palpando, buscó el platillo del azúcar. Cogió tres terrones, y con el procedimiento antes empleado, los echó en la taza. Aquella primera maniobra llamó mucho mi atención, pero nada más.

Iba casi a dejar mi examen, y saborear mi taza de café, cuando el ruido que hace una cerilla al ser frotada para encenderla, llamó de nuevo mi curiosidad.

Era el ciego que había preparado un cigarrillo y se disponía a encenderlo. Las yemas de los dedos de la mano izquierda tocaban el extremo del cigarro; en la derecha tenía ardiendo la cerilla, aplicó la llama a los dedos, único medio de saber que la cerilla estaba próxima, y encendió el cigarro. Aquel sufrimiento, que le proporcionaba una pequeña quemadura, lo daba por bien empleado con tal de saborear el tabaco.

Nuevo asombro en mí, mejor aún, más palpable en todo mi ser la conmiseración y la pena al contemplar a aquel hombre joven y lleno de vida, completamente inútil para todo.

A mi mente se agolparon no pocas reflexiones; creo que hasta mis creencias santas y hermosas, como inculcadas por una madre amatísima, tambaleaban, y al menor esfuerzo podrían venir a tierra; y en tanto que estos pensamientos se sucedían, instintivamente y sin darme cuenta abría mis ojos cuanto podían dilatarse mis párpados y miraba al ciego con un ansia y con una intensidad tal, que me la explicaba por el miedo que tenía en aquel momento de que yo también podía quedarme ciego. ¡Pensamiento terrible! El amargo el rato de sosiego que pretendí regalar a mi espíritu, saboreando sorbo a sorbo mi taza de café.

El ciego seguía inmóvil. Extendió la mano para arrojar al suelo la ceniza del cigarro; pero calculó mal la distancia, y la echó dentro del café, que aún no había probado.

No pude contenerme más; me levanté y fui a la mesa de aquel desgraciado.

—Perdón, caballero—le dije—desde mi mesa acabo de ver que habéis echado la ceniza del cigarro en vuestro café, y vengo a advertiroslo para que pidáis otro.

—Mil gracias, señor mío, por tan buena acción. Os quedo muy reconocido por este acto, que demuestra la nobleza de vuestro carácter. Es la primera vez que me ocurre esto.

—¿Qué—repliqué yo—jamás nadie os ha llamado la atención sobre algo que hayáis cometido tan involuntariamente como ahora?

—Nunca, caballero. No me extraña; es mi sino y es mi castigo cuanto en mí veis; por eso no me quejo. ¡Quién sabe si estos sufrimientos lavarán un día mi crimen!

—¿Qué decís?

—No os alteréis tan pronto. En dos palabras os contaré mi historia, que no me importa la sepáis, seáis quien fuéreis. No veo, así es que no pueden sonrojarme ni impresionarme vuestras miradas ó vuestros gestos. Además, ¡se la cuenta a todo el mundo! Oídme pues.

Lo de siempre, amigo mío; ví una muchacha, me gustó, la declaré mis simpatías, y más tarde un amor que en realidad sentía; aceptó, y héteme que me encontraba como el pez en el agua, por la satisfacción tan grande que sentí al ser correspondido. No os hago el retrato de ella, ni os digo su nombre, porque no hace falta. Nuestro amor fué creciendo a tal punto y en tal forma, que nadie como nosotros pudo decir que éramos el uno para el otro. Inexperiencias de jóvenes y sobre todo una sugestión mutua, imposible de vencer, hubo un día en que nos abandonamos a locos arrebatos, avivados por el deseo. Triunfó la carne, con esa victoria efímera y fugaz que da la hartura del ansia satisfecha. Pasó el tiempo; ella calló siempre, hasta donde fué posible. Aumentó aquel mutismo la existencia de un nuevo ser, y un calificativo duro, muy duro, cuando se dirige a un hombre de honor, marcó mi frente.

¡Miserable! gritó una vez, y luego otra, y otra, y hasta el llanto del niño parecía que en sus flexiones la repelía como un eco. Juré lavar la mancha, y fui perjuro... más todavía, ¡olví!

Una noche, la última de vista, al marchar distraído hacia mi casa, cortó mi paso una mujer con un niño en brazos. Pronunció mi nom-